



LA CHICA QUE SOÑABA IR A LA ESCUELA

João José da Costa

LA CHICA QUE SOÑABA IR A LA ESCUELA, por João José da Costa

LA CHICA QUE SOÑABA IR A LA ESCUELA

*De recogida de basura a profesora,
venció en la vida por fe, trabajo y
perseverancia.*

João José da Costa

Copyright reservado: FBN (Fundación de la Biblioteca Nacional de Brasil) - MEC -Registro 797.555 - Libro 1549 - Página 475

Cuento infantil que se integra con la fantasía natural y la creatividad de niños y jóvenes, entreteniendo, educando y agregando al desarrollo del carácter, valores morales, ciudadanía, conciencia ecológica, valores familiares, cultura, conocimiento, espiritualidad, respeto por los educadores, estímulo para estudio, orden y disciplina. Libro para niños y jóvenes que disfrutan de lecturas inteligentes, sensibles, culturales, educativas y temas de realidad social. Libro con mayor contenido literario, un mejor ejercicio de lectura.

Sinopsis:

El libro cuenta la historia de una niña de favela que recogía papel, cartón, plásticos, latas de aluminio y otros materiales que encontró para vender y ayudar a su madre con los gastos del hogar. En sus viajes, admiraba a los niños que podían ir a la escuela y celebrar sus fiestas en casa. Su vida cambia por completo cuando en la víspera de Navidad encuentra un libro sagrado mágico en el basurero. Los sentimientos que sentía por las imágenes en el libro la intrigan y despiertan su curiosidad por aprender a leer. Gracias a este libro, las puertas se abren para un futuro mejor.

.

Dedicación

Dedico este trabajo a todos aquellos que reservan parte de sus vidas para educar a los niños de alguna manera, como una misión y la creencia de que en ellos está la esperanza de un mundo mejor.

En especial para padres, maestros y abuelos, el triángulo básico de la educación infantil.

Doy gracias a Dios por el niño que todavía permite que exista en mí.

João José da Costa

Todavía estaba amaneciendo, cuando Francisca ya estaba despierta preparando algo para que ella y su hija comieran antes de comenzar un nuevo día de arduo trabajo.

Fuera de la choza, los tordos cantaban en voz alta y fuerte anunciando un nuevo día y su presencia en el territorio.

Lindalva seguía durmiendo. Solía soñar casi siempre con castillos y princesas. En su sueño, parecía que era una de las princesas con hermosos vestidos y comidas ricas.

Mientras Lindalva dormía, Francisca la miraba con cariño, mientras recapitulaba cómo empezó todo en su vida:

Francisca y su hermano Raimundo vinieron de una región semidesértica del país en busca de mejores días. Allí vivían en una región donde llovía poco y raramente.

La sequía estaba obstaculizando los cultivos alimentarios y cría de los animales que necesitaban para sobrevivir.

Había poca agua y era suficiente para beber. La mayoría de los días pasaban hambre.

Entonces, se desanimaron de vivir allí. En la ciudad grande tenían la esperanza de un futuro mejor.

Francisca y Raimundo obtuvieron un pequeño espacio en una de las docenas de favelas de la ciudad. Allí, con mucho sacrificio, construyeron su choza con restos de construcción.

Raimundo no estaba acostumbrado a vivir en la gran ciudad y pronto regresó a la antigua región. No le gustaba ver las calles llenas de automóviles, respirar el aire contaminado, ver solo edificios por todos lados. A pesar del sufrimiento causado por la sequía, pensó que era mejor allí.

Francisca decidió quedarse y perseguir el sueño de una vida mejor.

Un día Francisca conoció, se enamoró y se casó con un camionero que pasó por la favela. Pero, unos meses después de la boda, el camión de este conductor se fue por los caminos de la vida,

sin encontrar nunca el camino de regreso a la favela y la casa de Francisca.

Francisca esperó durante muchos meses, mientras el recuerdo de este amor rápido, la niña Lindalva, crecía en su vientre.

Sola, Francisca se estaba preparando para el nacimiento de Lindalva. Por la noche, trató de imaginar cómo sería su vida a partir de entonces, acompañada solo por una lámpara de queroseno, que iluminaba la choza durante unas horas.

A medida que su barriga crecía, se hacía cada vez más difícil encontrar servicio de limpieza. Ella comenzó a vivir con algunas pocas donaciones hechas por sus vecinos pobres y generosos en la favela.

Por lo tanto, Francisca dio a luz a Lindalva, con la ayuda de la partera de la favela. Cida era una mujer muy experimentada que ya había ayudado con el nacimiento de docenas de niños en la favela.

.

Nacida Lindalva Menino de Jesús, su madre la llamó desde una edad temprana Hijita. Este apodo se ha quedado para siempre.

Había muchas otras chozas en la favela, pero ninguna tan bien mantenida y limpia como la de Lindalva. Esto, gracias al cuidado extremo de su madre Francisca.

La choza tenía solo una habitación donde Francisca colocaba una cama, una pequeña mesa rota y dos cajas que servían como sillas. En el piso de tierra, encendió leña e improvisó una estufa de ladrillos donde sostenía las latas que usaba para cocinar.

Afuera, Francisca construyó un pequeño baño rodeado de tablas y dentro había un agujero en el piso. No había agua corriente, alcantarillado o luz en la casa de Lindalva.

Francisca lavaba sus latas, platos y ropa en una tabla instalada afuera.

Pegaba agua de un grifo de la escuela cerca de su choza, que llevaba en una lata en la cabeza.

Y pasó el tiempo para Francisca y Lindalva. Con las dificultades cada vez mayores y sin encontrar trabajo, Francisca tuvo que dedicarse a recoger basura en el gran basurero cerca de la favela.

Y para estar más cerca de su nuevo trabajo, Francisca tuvo que dejar la choza en la favela e improvisar una nueva choza más cerca del vertedero.

De esta manera, podría hacer un uso mejor y más rápido de los basureros y encontrar material reciclable más fácilmente.

Pero Francisca interrumpió sus recuerdos. Era hora de llamar a Lindalva.

“Hijita, despierta! ¡Despierta, Hijita! Ya son las cinco de la mañana. ¡Ya están llegando camiones de basura!”.

Todavía perezosa y cansada del día anterior, Lindalva se quedó en la cama unos minutos más.

Pero luego se levantó. Ella conocía bien las dificultades de su madre y cuánto podía ayudar.

Somnolienta, Lindalva tomó un poco de café y un trozo de pan del día anterior.

Lindalva ya tenía ocho años y comenzó a trabajar para ayudar con los gastos del hogar.

Ella y su madre estaban en la lucha por la vida.

En el vertedero, Lindalva recogió papel, cartón, plásticos, latas de aluminio y otros materiales que encontró para vender. Por lo tanto, ella obtuvo una ayuda importante para su madre.

Esto se podía sentir en las mejoras que Francisca hizo en la choza. Compró una pequeña estufa de gas de dos quemadores e incluso un baño para reemplazar el agujero hecho en el piso del baño afuera. Luego compró una pequeña radio celular, que era una alegría todas las noches. Francisca y Lindalva amaban escuchar la música country antes de irse a dormir.

Francisca soñaba, ahora, con poder tener una fregadero y agua en la choza. Si dependiera del esfuerzo diario de Lindalva, esto sería posible algún día.